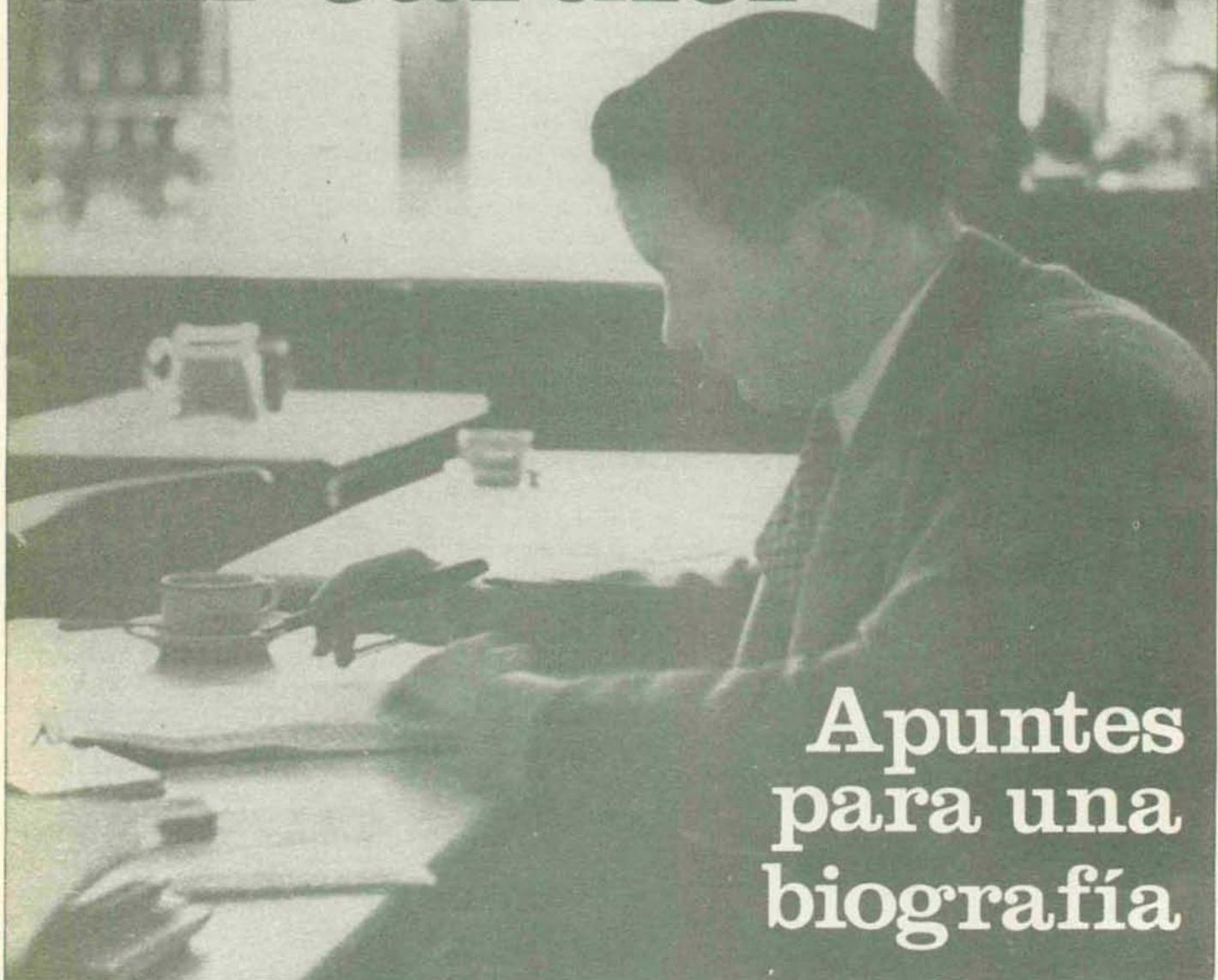


25 años sin Jardiel



Apuntes para una biografía

«No era hombre de hogar. Era hombre de calle, de café, de tertulia. Necesitaba el café con leche de los Cafés, ritualmente servido por el camarero. Y se tomaba cada tarde tres o cuatro», escribe Carlos Sampelayo sobre Enrique Jardiel Poncela, de cuya muerte se conmemora este año el veinticinco aniversario.

Carlos Sampelayo

JARDIEL era todo idea. Vivía sus años veinte con un ansia de triunfo y de goce que parecía dañarles a los demás. Muchos le desdeña-

ban. Los títulos académicos, los poetas líricos, los ateneístas... Todo lo que él a su vez desdeñaba. Fue una constante típica de su vida.

TENIA además de gracia y éxito, una mujer bellísima, Josefina Peñalver, y eso acumulaba ya al desdén un cierto odio.

Recibía cartas de mujeres como un galán de cine. Apasionadas, eróticas, inquisitivas. Sus contestaciones excitaban más el interés, porque Jardiel no fue nunca capaz de escribir una carta de circunstancias. Eran cartas para la posteridad.

Josefina fue una de esas mujeres, que le escribió desde una capital castellana y le envió un retrato. El se cayó de espaldas. «No es posible», se dijo. Y por si era poco tenía 18 años y se mostraba inteligentísima, encajando todo el sentido del humor nuevo y personal que en los años 20 suponía «Amor se escribe sin hache».

«No es posible, no es posible», repetía contemplando el retrato, muerto de risa. «Esto es algún tío pulpo que me está tomando el pelo...». Y contestaba en ese sentido.

Pero un día llamaron a la puerta, fue a abrir y apareció... ella: Josefina, la del retrato, la de las cartas apasionadas e inteligentes, la de los 18 años espléndidos, escritora también, poetisa, pintora... Ella.

Había abandonado a la familia y quería vivir con él, vivir la vida de él. Enrique, según expresión propia, «le dió el salto del tigre...».

Aquella mujer sensacional hacía volver la cabeza a la gente. Eran mala pareja, y eso espolcaba la envidia de conocidos y desconocidos. El era celoso, muy celoso, un celoso prous-

tiano, pero le compensaba el orgullo de llevar aquella mujer al lado. («Amar es llevar un brazo en cabestrillo»).

Vivieron con estrecheces en un modesto cuarto piso de Chamberí. Los ochos duros que le daba Sileno a Jardiel por artículo publicado en «Buen Humor» no bastaban a exigencias y necesidades a pesar de su esfuerzo continuo, aquel esfuerzo agradable, recreo del trabajo que era con el amor (el sexo) la razón de su existencia. Las trescientas pesetas de «Biblioteca Nueva» deducidas de liquidaciones mensuales eran un remedio a la economía, pero tampoco bastaba. Pagar la casa, la tienda... Eso. Josefina tuvo que ayudar y se colocó de vicetiple en Romea, un teatro frívolo de la calle de Carretas, entonces



«Su viveza, su ingenio, su arrolladora alegría, el estar siempre en órbita y avisado, eran en Jardiel el esfuerzo combativo de una timidez ingénita que pocos conocían. Escribir también lo era». (Sobre estas líneas, representación de «Angelina o el honor de un brigadier»).

catedral de la revista y el «sketch», este último cultivado por Jardiel en sus primeros pasos escénicos.

Lo peor que le puede ocurrir a un hombre celoso es tener una novia vicetiple... El sueldo no aminora el problema; le da un aspecto distinto, complejo, reticente. Una risa, una mirada, un retraso, son elementos explosivos que se van acumulando y estallan en la alcoba.

Comenzó a «cortarse la salsa mayonesa», imagen jardiesca sobre el amor roto. No había tenido aún grandes aventuras con ellas pero conocía a las mujeres por intuición.

Una noche de bronca ella cogió «la» pistola para pegarse un tiro. El forcejeó para quitársela y lo consiguió. Luego dijo:

—No creas que te la quito por miedo a que te mates. Se que no lo harías. Pero eres capaz de dejar salir un tiro al aire y despertar a todos en la casa. No me gustan los escándalos inútiles. Si te quieres matar es fácil. Mira...

Abrió el balcón de par en par:

—Es un cuarto piso...

Ella se desmadejó llorando en una butaca, y al poco rato Enrique tuvo que cerrar el balcón.

«La» pistola tenía su historia. El decía que se la había prestado un amigo, pero era suya, consecuencia de uno de esos momentos de depresión que alternaban su alegría y su ánimo ejemplar.

No hay más remedio que contar la historia de la pistola como episodio biográfico. En la vida de todo hombre de nuestro tiempo hay una pistola, para matar, matarse o defenderse.

La de Jardiel tenía el signo de la literatura. Estaba marcada por la desesperación del triunfo inalcanzable.

Ramón le había dicho una noche sabática:

—¿Por qué no escribe usted novelas humorísticas?

Requerido por el editor Ruiz Castillo, también se lo había dicho a Neville, López Rubio y otros escritores humorísticos de la tertulia, para crear una colección del género, filial de Biblioteca Nueva.

Así surgió la primera de Jardiel, «Amor se escribe sin hache», de éxito definitivo. Cuando estaba escribiendo la segunda —«¡Esperame en Siberia, vida mía!»— se detuvo a la mitad, la leyó, la releyó, le pareció muy malo todo lo que llevaba escrito. Implacable juez de sí mismo, estuvo a punto de romper unas doscientas páginas. Pero no era eso lo peor; era que no se le ocurría otra cosa... ¿Cómo y con qué empezar de nuevo? ¿Cómo seguir...? Vino el complejo, el terrible complejo de inutilidad. El torbellino de las reflexiones le hacía dudar cada vez más. Había escrito «Amor se escribe sin hache», sí, le había gustado a

todo el mundo. Quien había hecho aquella novela, podría hacer otra y otra, como todos los escritores... Todos, no. Había quien hacía una obra o dos, y luego se paraba para toda la vida. ¿Por qué? Porque no se le ocurría nada más... Y había quien, como Felipe Trigo, escribía una serie de obras buenas y luego se pegaba un tiro... porque no se le ocurría nada más.

Además, no tenía dinero. Ruiz Castillo le daba sesenta duros al mes, y aunque eran «de aquellos» no le bastaba tampoco para vivir. Fue a ver al doctor César Juarros, amigo de la familia, y le pidió prestadas cuatrocientas pesetas. Juarros, un gran hombre «aunque» fuera republicano, le dio con las pesetas una inyección —médico al fin— de optimismo.

El dinero alegra, a veces del todo. Hasta suele ocultar los pro-



«Sin saberlo, Jardiel —aquí, en caricatura de Fresno— poseía un sentido deportivo de la vida. Le habría gustado ser el Don Juan que después plasmó en concepciones magníficas. "Si yo tuviera 1,80 de estatura...", decía».

blemas. Jardiel cambió de café para seguir escribiendo su novela... Y no; aquello no salía. No era «aquello». ¡No se le ocurría nada! Aquel gesto tan suyo de tirar la pluma sobre la mesa y quedarse sombrío, sombrío... Volvió el recuerdo de Trigo.

Lo meditó como sólo en la juventud se meditan esas cosas..., y se compró la pistola.

Jugó con ella. La desarmaba, la volvía a armar. Era bonita. Un «aparatogui» distraído. ¡Qué cosas se inventan! La verdad era que matándose ya no la podría disfrutar. Además, morir... «da pereza» se había dicho una vez. Pero no había más remedio. Lo que llevaba escrito «era muy malo...» y ya no se le ocurriría nada nunca.

La puerta del café se abrió y entró Ruiz Castillo, que venía a premiarle. Lo había hecho ya varias veces. El impulso de pegarse un tiro creció. Pero... ¿cómo hacerlo allí mismo, ante aquel hombre tan bueno...? Darle un espectáculo tan repugnante...

Dejó de acariciar la pistola en el bolsillo, pero habló claro:

—No me sale, don José, no me sale...

—¿Cómo que no le sale? ¿No me había dicho usted que iba por la mitad...?

—Sí, señor; pero lo he releído, y no vale nada. Palabra.

Don José, ojo clínico, experto en la desazón creadora, le miró un rato, incrédulo. El, se avergonzaba y rehuía la mirada barajando las cuartillas y encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no leemos?

Jardiel soltó una risita amarga, muy característica en él:

—Me da vergüenza, don José. No es esto...

—Ande, ande... Léame algo.

Comenzó la lectura. Jardiel no animaba nunca sus lecturas. **No les daba entonación ni énfasis**, no sabía fingir, porque era



El «sexticiclo» fue un «invento» de Jardiel Poncele consistente en tres bicicletas unidas por el eje de las ruedas y con mando único en el manillar de la del centro. Con él hizo un «raid» a Zaragoza, siendo acompañado por el Dr. Sama, dibujante y humorista al que vemos en un «auto-retrato» reciente.

sincero. Y si lo que leía no le gustaba, el efecto era peor; se atropellaba, se saltaba párrafos, casi no se le oía.

Jardiel comenzó a leer en su forma más negativa. Pero don José Ruiz Castillo, que era un hombre muy serio, empezó a reír y le hacía repetir párrafos y escenas enteras. El ánimo del escritor se iba transformando poco a poco, miraba con asombro al editor, seguía leyendo...

La lectura duró dos tardes, pero no hizo falta la segunda para apartar de la imaginación de Jardiel la idea del suicidio.

Cuando terminó, don José Ruiz Castillo estaba indignado:

—¿Cómo no ha podido usted darse cuenta de que ese libro es mejor que el otro...?

Al novelista *ahora también* se lo parecía.

—Siga, siga sin preocuparse. Me dan ganas de pegarle.

La indignación de Castillo le devolvía a Jardiel la confianza en sí mismo.

Pero la pistola estuvo en casa toda la vida, y le acompañó en los últimos momentos, debajo de la almohada, para pegarle un tiro al primero que se acercara a consolarle.

EL «SEXTICICLO»

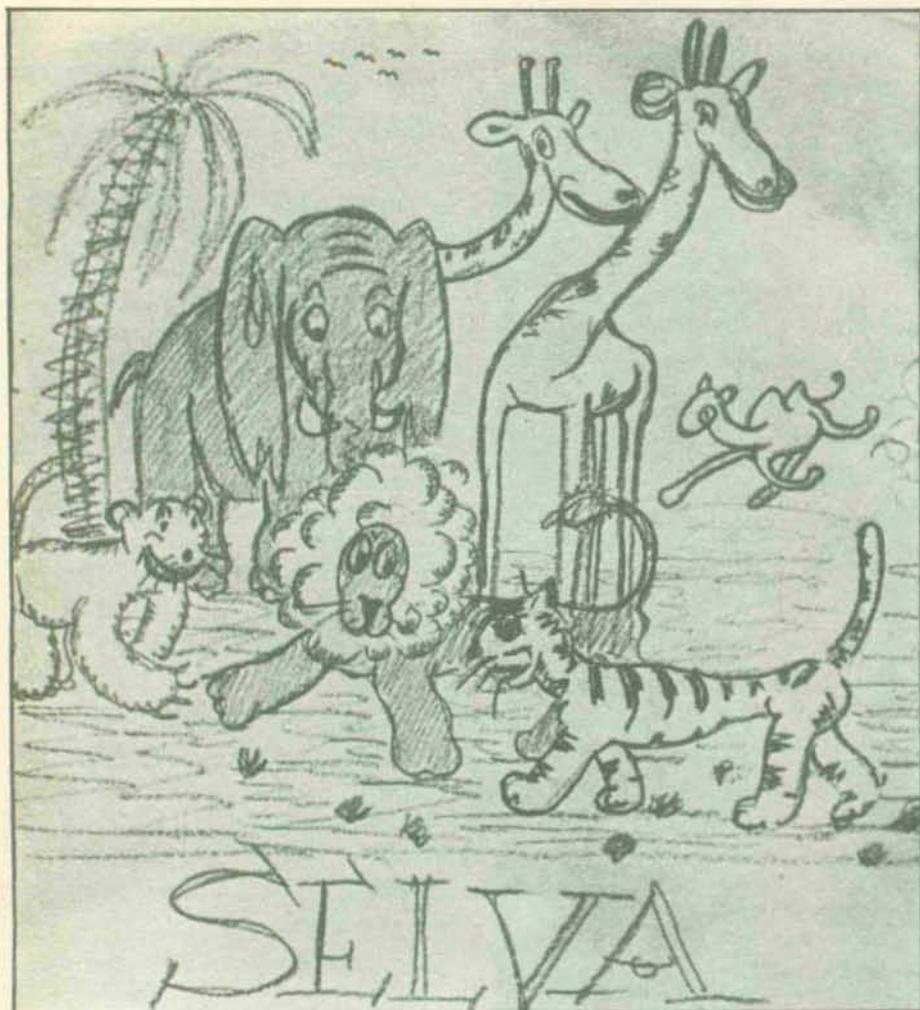
La mujer es obsesionante en la literatura de Jardiel, como el caballo en Lorca o la vaca en Alvarito Albornoz, gran humorista español desconocido en España y fallecido hace dos años en México.

Pero no sólo es un motivo literario la obsesión de Jardiel por la mujer. Es su tortura y la tortura de ella, amor y desamor, ansia y fastidio, ilusión y desengaño. Esto último fue Josefina, la mujer deslumbrada por el talento, llena de admiración por el hombre que la hiciera feliz tantas noches. Tuvieron una hija y a los tres meses le abandonó con ella para irse nada menos que en compañía de un pianista tocador de tangos argentinos, Demare, aquel que con Irusta y Fugazot formó un trío célebre al que Jardiel llamaba, haciendo afonía con el título del «show», «La Justa, el gachó y su "mare"».

Jardiel le decía a ella aún asombrado de la fuerza motriz de una matriz caprichosa:

—Pero, Josefina... ¡Con lo que tú y yo nos hemos cachondeado del tango...!

Fue inútil. Josefina se fue a Buenos Aires con el «malevo», y el pobre Enrique se quedó haciendo de padre y madre a la vez



En las mesas de los cafés, entre página y página manuscrita, Jardiel descansaba haciendo dibujos. Este —titulado «Selva»— es uno de ellos, y posee el valor de lo inédito al mismo tiempo que el del sentido del humor que se asoma a las caras de estos animales.

con una niña de tres meses, y cantando el tango del abandono en el viento contrario.

Uvo que ganar más dinero para costear nodriza, pediatría, medicinas... Una noche viajó como loco desde Quinto de Ebro a Madrid con la niña muriéndose. La había llevado al pueblo de la familia paterna para que se criara mejor. El campo, los aires, el buen sol... Pero, como tantas veces, falló la prevención, lo mejor, lo que está mandado.

La niña se salvó, y se encargó de su cuidado Angelina Jardiel, la hermana menor de Enrique, viuda de militar y sin hijos: la madrina.

Aquella hija —esa hija— fue el mejor estímulo para el trabajo de Jardiel. Lo proclamaba orgulloso:

—Cuando por las noches estoy escribiendo en casa, y me desanimo, oigo la respiración del sueño de mi hija y se me redoblan las ganas de trabajar. Desengáñate, lo único importante del mundo son los hijos. El amor... ¡puaf! Mentira. El amor no es más que sexo.

—¿Y no te parece importante?

—Sí; por un momento. Pero no por toda la vida, como los hijos. A partir del abandono de Josefina comenzó el tremendo, el flagelante problema sexual de Jardiel. En realidad era un problema inherente a toda la juventud de los años 20, pero él lo sentía como una enfermedad psíquica de la que se defendía con una masturbación desesperada.

Su viveza, su ingenio, su arrolladora alegría, el estar siempre

en órbita y avisado, eran el esfuerzo combativo de una timidez ingénita que pocos conocían. Escribir también lo era. Fundirse en las cuartillas. Fundir la gracia contenida como si fueran un crisol. Por eso fue quizá el hombre que más ha disfrutado trabajando. Porque el trabajo era su verdadera evasión.

Escribir y leer. Pero no estar solo. Ni muy acompañado. Un amigo a quien leerle las cuartillas conforme van saliendo, para contrastar la opinión y correr la aventura del tedio.

Era difícil caerle bien a Jardiel. Había que ser sencillo y de poca estatura o feo. La vanidad, el engolamiento, la suficiencia, la pedantería, la petulancia, eran motivos de su odio, porque, aparte de no sentirlos, le intentaban robar un primer plano de méritos auténticos, por valor indiscutible. El triunfo de lo deleznable le ponía furioso, sobre todo en aquello que él amaba tanto, tanto, el teatro, del que tenía concepciones personales, y donde tan difícil era manifestarse sin protección, a un espíritu quintaesenciado como el suyo.

Le vi frenético ante una cartelera que anunciaba un estreno de Antonio Paso y Joaquín Dicenta (hijos):

—¡Que estos idiotas tengan abiertas las puertas de los teatros antes que yo...!

Y tiró al suelo la clásica cartera donde llevaba las cuartillas, la «stylo» y el «syndetikon» que tanto han colaborado con Jardiel en aquella su técnica de rectificación de párrafos y palabras, que escribía en papelitos menudos para pegarlos sobre las palabras y párrafos desestimados. Era una labor de escritor y albañil a la vez, consecuencia de un amplio y constante sentido de superación, que de haberlo practicado por el corriente procedimiento de la tachadura y escribir de nuevo,

le habría significado más tiempo en su necesidad imperiosa y continuada de recuperarlo. Porque tenía un juicio crítico implacable consigo mismo que le impedía ser prolífico, en beneficio de una producción depurada.

Pero necesitaba notoriedad. Estaba sediento de ella, de hazañas que apoyaran su obra literaria, como un Byron o un Lope. Sin saberlo, poseía un sentido deportivo de la vida. Le habría gustado ser el Don Juan que después plasmó en concepciones magníficas.

—Si yo tuviera 1,80 de estatura... —decía.

Y si entraba en el café alguno con ella, dejaba violentamente la pluma sobre la mesa, y exclamaba:

—¡No hace falta ser tan alto!

Era la época de los «raids». El

«Plus Ultra», el «Spirit of St. Louis», Costes y Bellonte, Gago Countinho y Sacadura Cabral...

También era la época en que se puso de moda la «patinette». A un grupo de periodistas zaragozanos se le ocurrió llevar un mensaje de simpatía a sus colegas madrileños, pero por carretera y viajando en aquel medio de locomoción infantil y esforzado. Jardiel, que llevaba en sus venas sangre aragonesa y lo proclamaba orgulloso, encajó aquel rasgo de humor con una réplica que le diera notoriedad.

Se le había ocurrido inventar un aparato consistente en tres bicicletas unidas horizontalmente por el eje de las ruedas con mando único en el manillar de la del centro, y hacer con aquel artefacto un «raid» Madrid-Zaragoza correspondiendo a la hazaña de los periodistas. Iríamos montados en el aparato, él como jefe de expedición, el

caricaturista Sama y yo. El viaje por etapas duraría quince días; él haría crónicas humorísticas ilustradas por Sama y yo reportajes. Pero hacía falta, naturalmente, un periódico que publicara los originales.

El director de «El Herald», Manuel Fontdevila, abierto a toda manifestación de humor absurdo, aceptó en seguida la idea. Pusimos manos a la obra; mejor dicho, las puso Jardiel, que entendía de todo por mágica intuición, y comenzó a construir el aparato que calificó de «sexticiclo», y al que, parodiando a Lindbergh, bautizó con el nombre de «Spirit Santo of Ventas», ya que el «raid» había de empezar desde las Ventas del Espíritu Santo, que es como se llama el final de la calle de Alcalá.

«El Herald» le dio aire al asunto mientras se construía el extraño invento. El éxito se consiguió anticipadamente.



Jardiel Poncela, en Hollywood: junto a él (segundo a la izquierda del lector), Lewis Sellar, Raúl Roulien, la también española Conchita Montenegro, Henry Niese y Edward Lowe, supervisor de las películas rodadas en castellano. En aquellos días, Jardiel trabajaba en la adaptación de la obra teatral «Asegure su mujer», del argentino Julio Escobar.

Jardiel recabó para sí el mando de la expedición. Le ayudaba en la construcción del «sexticiclo» un joven mecánico llamado Alberto de Tapia, que había sido corista en el teatro Romea. Cuando todo estuvo a punto hicimos los entrenamientos por el centro de Madrid, con gran algazara de la multitud. Jardiel ocupaba la bicicleta-piloto de en medio y Sama y yo las de los lados.

Tras el compromiso adquirido para que Jardiel dirigiera la expedición, noté en él una cierta desconfianza en que yo no pudiera resistir el esfuerzo.

—Hace falta un entrenamiento muy duro —decía.

La gente hacía advertencias pintorescas:

—¿No han contado ustedes con los perros de ganado?

—¿Los perros de ganado...?

—preguntaba Jardiel con extrañeza.

—¡Huy! ¡Los perros de ganado...! Es lo más peligroso en las carreteras...

Y aquí venía una discusión sobre los perros de ganado, que a Jardiel le daba pretexto para decir cosas graciosas.

Una semana antes de la expedición, me fui a Valencia con otros amigos, para ver torear a Cagancho en la feria. Esto determinó a Jardiel excluirme del «raid» en «sexticiclo» a Zaragoza, alegando «falta de disciplina», añadida a las para él mis supuestas condiciones físicas. Hizo que me sustituyera el mecánico Tapia.

El «Spirit Santo of Ventas» partió una tarde desde el final de la calle de Alcalá entre aclamaciones de los curiosos, y las quince etapas del «raid» constituyeron un éxito, así como las crónicas de Jardiel, que se publicaban todos los días en el «Heraldo» ilustradas por Sama, médico además de dibujante, para mayor garantía de la expedición. Pero el que se puso

enfermo en una de las etapas fue precisamente el médico, Sama, que iba provisto de su correspondiente botiquín.

Contaba Jardiel que cuando trató de auxiliarle intentando abrir el botiquín, Sama se incorporó a duras penas, para gritar alarmado con voz débil:

—¡No! ¡Del botiquín, nada!

Pasado aquel incidente, creo que en el pueblo de Ateca, la ex-

pedición continuó con entusiasta acogida al término de cada etapa. En Zaragoza les recibieron las fuerzas vivas y un gentío regocijado. Hubo banquete en el Ayuntamiento.

El regreso a Madrid se hizo en tren, claro. Pocas noches después nos encontramos Jardiel y yo en el desaparecido café Spiedum, de la Gran Vía. El se adelantó a darme un abrazo, risueño, y yo le correspondí.



«La vanidad, el engolamiento, la suficiencia, la pedantería, la petulancia, eran motivos de su odio, porque aparte de que Jardiel —al que contemplamos en el interior de su casa— no las sintiera, le intentaban robar un primer plano de méritos auténticos, por valor indiscutible».

En una tertulia del café Castilla —la de Jardiel— se hilaba muy delgado. Era como un circuito cerrado que llevaba a crear «sketchs» parodiando la actualidad, en los que Jardiel ponía la mayor parte de la gracia. Uno de ellos se refería a la vuelta de Uzcudun a su aldea de Regil, después de sus triunfos boxísticos en Nueva York. Salía a recibirle su anciana madre, personaje cuya representación se había reservado Jardiel para él. Uzcudun le daba una palmada cariñosa en la espalda a «su madre», y ésta caía en plancha al suelo.

Por entonces se estrenó en el Infanta Beatriz la comedia de los Quintero «Mariquilla Terremoto». Nos invadía la fobia quinteriana, y Jardiel nos propuso a Santiago Ontañón y a mí, con no recuerdo qué amigo más, ir los cuatro al estreno, a butaca de primera fila, vestidos con traje corto, sombrero ancho y una maceta al brazo muy serios, y presenciar el espectáculo con los ojos fijos en escenario, sin rechistar.

El propósito no se llegó a realizar, pero Jardiel escribió una especie de «sketch» sólo para los amigos, que se titulaba «Pescaito frito», parodia quinteriana, en el que aparecía todo el escenario lleno de macetas, muchas macetas por todas partes, hasta en las candilejas, y el inevitable telón corto de calle sevillana con la inevitable reja, también llena de macetas y tiesos en todo su alrededor.

Tras la reja estaba una mocita con peineta y falda de volantes, pelando la pava con un hombre de chaquetilla corta y sombrero ancho, que daba la espalda al público.

El diálogo se iniciaba con la pregunta del hombre:

—¿M'acetas?

Y ella contestaba:

—Te «de-tiesto».

Continuaban diciéndose todos

los tópicos habidos y por haber que han figurado siempre en las comedias andaluzas, tales como:

—Dame una pestañita tuya pa jugar a la comba...

—Anda ya, saborío, que eso se lo dices a toas...

—Tienes dos ojos que son dos braseros...

—¡Charrán!

—¡Arsa!

—¡Olé!

Así veinte minutos, al cabo de los cuales los dos enamorados se citaban para la noche siguiente, a la misma hora y en el mismo sitio. Al darse la vuelta para encaminarse a la lateral, el galán mostraba una barba blanca que le llegaba a la cintura.

CONFESIONES Y CONFUSIONES

Se llamaba Enrique Jardiel Poncela Agustín Ontoria. Nació en Madrid y fue bautizado en la parroquia de San José, hijo de aragonés y castellana.

Tenía dos hermanas: María y Angelina; las dos mayores que él. Los tres han sido de baja estatura, pero él, en realidad, fue bastante fuerte; hasta el punto de no haber tenido más que dos enfermedades hasta los treinta y seis años.

No era hombre de hogar, y por eso es difícil para sus hijas analizar, o simplemente contar su vida. Era hombre de calle, de café, de tertulia, de esos que con el último bocado se levantan de la mesa, diciendo adiós a la familia.

—¿No te tomas el café?

—Ya lo tomaré en el Gijón.

Porque necesitaba el café con leche de los Cafés, ritualmente servido por el camarero, mitad y mitad, en el vaso reglamentario de los Cafés, mediano, más bien delgado. Y se tomaba cada tarde

tres o cuatro, para que los camareros no lamentaran tener tanto tiempo aquella mesa ocupada por un solo cliente y llena de papeles. Sus oficinas cafeteriles eran, hasta ya entrada la guerra, por la mañana el Europeo, en la Glorieta de Bilbao, ya desaparecido; a primera tarde, el Gijón; a segunda tarde, el Recoletos, a la entrada a mano izquierda, donde hoy existe una librería. Aún un poco más tarde, desde las siete, el Castilla, en tertulia, y trabajo por su parte, con Joaquín Sama y Ricardito Fuente —otro estupendo dibujante humorista, el caricaturista «Sirio» (Acisclo García), cubano.

Por la noche, terminando de cenar con su hija mayor y su hermana, y multitud de veces con un amigo también, un par de huevos fritos y un filete —su comida favorita—, y vuelta al café Castilla, que a esa hora estaba solitario. Cuando se empezaba a llenar, al Europeo hasta las cuatro de la mañana en que nos echaban. Hubo una larga temporada en que le dio por ir al cine todas las noches, siempre en compañía. Entonces, la tertulia del Castilla o el Europeo se retrasaba hasta la salida del cine. Otra temporada adoptó sólo el Europeo por las noches, porque se escribía mejor allí, mientras atendía a la tertulia.

Para un generalizador, sería fácil encontrar en su educación primera los rasgos antinómicos de sus ideas en política: había estudiado la Enseñanza Primaria, mientras su padre fue ferviente socialista, en la Institución Libre de Enseñanza, y el bachillerato en los Escolapios de San Antón.

El recuerdo de Jardiel Poncela va unido al de una España en que cada uno estaba en su sitio, aunque él, tan exclusivo, tan personal, estuviera en todas partes.



«El triunfo de lo deleznable le ponía furioso, sobre todo en aquello que él amaba tanto, el teatro, del que Jardiel tenía concepciones personales y donde tan difícil era manifestarse sin protección». (La foto recoge un momento de «Los habitantes de la casa deshabitada»).

No se daba cuenta de que sus lectores entusiastas estaban entre los estudiantes revolucionarios y los anarquistas, entonces tan en boga. Se daría cuenta después, cuando la mojigatería del régimen político le hizo retractarse públicamente de sus novelas, y el público entontecido le «pateaba» sus comedias.

Ocupaba en la calle Gonzalo de Córdoba número 4, desde el año 28, un pisito de una casa moderna, cuyas paredes había decorado él mismo, ayudado por Alberto de Tapia y yo, dándole un aspecto alegre y jovial. En la sala de estar o «hall» pintó un friso egipcio que ojalá haya

sido conservado por inquilinos posteriores, si es que la casa permanece. A Tapia y a mí nos hizo pintar en las paredes del recibimiento unas simples florecitas, como tréboles grandes de cuatro hojas; pero profanos en el manejo de los pinceles, de nuestros dibujos se nos escapaban unos churretes de pintura que se deslizaban pared abajo. Nos quedamos los dos un poco confusos, temerosos de una reprimenda de Jardiel por nuestra torpeza. Y no; cuando él lo vio se puso muy contento.

—Esto tiene arreglo —dijo—. Veréis. Esos «firlaits» (sabido es que cuando no encontraba una palabra la inventaba) van a quedar muy bonitos.

Entonces, con su destreza habitual, pintó, como saliendo de

los «firlaits», unas hojitas muy monas que entonaban la decoración.

Sus recuerdos escolares no se referían nunca a la Institución Libre, sino a los Escolapios de San Antón: el padre Gregorio, el padre Modesto, el Padre Luciano Menasalvas, clérigos profesores.

De San Antón se ufanaba mucho. Había sido allí el niño travieso que organiza mítines y huelgas escolares. Se subía a los poyos de los ventanales, y hacía de líder —ya de líder— con discursos sugestivos de niño líder, que en la escolaridad es el niño que «se lleva» a los demás con la gracia de sus razonamientos.

Los curas de San Antón sabían que tenía talento. Y no era estudioso. En aritmética, no sabía dividir, ni lo supo nunca.

El destino de Jardiel era el de escritor. En las «Páginas calasancias», revista quincenal que publicaban los escolapios, comenzó sus primeros pinitos literarios. Pero el hecho de que su padre hubiera sido un periodista de ocasión, de aquellos periodistas de «patas» de que hablaba Baroja, no influye para nada en el destino de Jardiel.

De San Antón pasó al Instituto del Cardenal Cisneros.

Allí tuvo un amigo llamado Julián Ferrari, y luego, sin relación con el Instituto, intimó con el periodista Serafín Adame Martínez, con quien estrenó sus primeras cosas teatrales en colaboración. La primera, «El príncipe Raudhick», un drama policiaco que se atrevió a presentar Enrique Rambal, padre, en el teatro Trueba de Bilbao, para reprisarlo después con éxito en Madrid. Eso les animó a escribir otro drama, este demasiado truculento, que se tituló «Las águilas del imperio». Tras unos «sketchs» con música y bailables que se hicieron en el teatro Maravillas, entonces dedicado a la revista, Jardiel y Adame se separaron. El primero le cogió al segundo un odio negativo hasta el saludo, realizándose el milagro de dejar sólo a un escritor de una pieza, que habría de revolucionar el humorismo español.

Pero todavía no; todavía escribió solo una biografía en verso de Gonzalo de Córdoba que tituló «El león castellano» y una novela, «La voz de alarma»; publicaba en «La correspondencia de España» unas «Gacetillas rimadas», y una Sección Infantil en la que se firmaba «Toto Robinet». Escribía sin parar comedias y dramas macabros y truculentos, unas

novelas cortas o cuentos, policiacos, que publicaba en la misma «Correspondencia», de donde su padre era redactor fijo. Un día el director del periódico, un periodista muy inteligente que se llamaba Joaquín Aznar, llamó a Enrique al despacho y le dijo:

—Usted, Jardielito, lo que es, o lo que puede ser, es un gran humorista.

Jardiel se quedó estupefacto. Aznar prosiguió:

—Sí, señor. «Dele usted la vuelta» a estos cuentos, y verá cómo en ellos surge el humor.

Y en efecto, siguiendo el consejo, surgió el gran humorista, que años después explicaría:

—Cuando he sentido el dolor cerca, he ido despreciando los motivos dramáticos hasta dar con el humorismo que cultivo.

Lo que no tiene lugar a dudas es que tenía un sentimiento de aristócrata bastante pintoresco, una emoción por todo lo aristocrático, incomprensiblemente.

Recuerdo una discusión que tuvo con el novelista comunista Carranque de Ríos, una noche en una terraza de la glorieta de Bilbao.

Jardiel hablaba de la importancia que tenía en el mundo el ser Duque de Alba. Carranque se echó a reír:

—¡Ah! Pero, entonces, ¿tú crees en la aristocracia? —dijo.

—¡Naturalmente! —gritó violento Jardiel, como si suponer lo contrario fuera ofenderle.

—Entonces —continuó Carranque un poco sarcástico—, ¿te gustaría ser conde, o marqués o una de esas cosas...?

—No, señor. La aristocracia es un sentimiento.

—¿Y tú, tienes ese sentimiento...?

—¡Sí, lo tengo. ¿Qué pasa?

La salida, muy seria y desafiante, nos hizo reír a Carranque y a mí. Todavía, él le tiró de la lengua:

—Y no creerás en Lenin, claro...

—Si no creo en Dios, ¿cómo voy a creer en Lenin?

El problema sexual le atenazaba como un pulpo. Todas las mujeres le gustaban y todas se reían con él, pero a la hora de la verdad solían mostrarse evasivas. Esto le hacía desconfiar de las muchas cartas de admiración femenina que recibiera después de haber publicado su primera novela. Eran de Cuba, de Barcelona...

A principios de los años 30 nos dio por jugar al «póker» desafortadamente. El llevaba el vicio del juego en las venas por herencia paterna.

El juego que más le gustaba era el «póker sintético» porque —decía— se tardaba menos en perder el dinero.

—Porque lo malo del «póker» sencillo —razonaba— es el tiempo que se pierde barajando. (Esta paradoja ha dado después la vuelta al mundo, atribuyéndosela unos y otros humoristas.)

Una tarde, jugábamos una partida de «póker» normal. Entre los puntos había un amigo llamado Moraleda y un espontáneo desconocido. A las cuatro horas de estar jugando, Moraleda pidió el cambio de baraja. Seguimos la partida, y a las pocas manos, dijo apoderándose de las cartas:

—Señores, esta baraja está marcada, y la marca este señor con un aparatito que tiene en el bolsillo del chaleco. Sáquelo usted, por favor.

Era tan convincente la voz, que el otro sacó el aparato, lo echó sobre el tapete, y dijo:

—Buenas tardes.

Y se marchó tranquilamente.

La segunda baraja no había dado tiempo de marcarla toda, pero la primera estaba toda marcada. Jardiel echó cuentas sobre el dinero que habíamos puesto en juego cada uno y resultó que el fullero se había ido perdiendo treinta duros.

—Pobre hombre —dijo—. ¿Y para eso hemos levantado la partida?

Llegó la noche del estreno de «El cadáver del señor García». El primer acto fue un éxito delirante; el segundo y tercero un «pateo» impresionante. Lo cuenta detalladamente en el prólogo a la edición de la obra.

Esta se estrenó un viernes y se quitó de cartelera el lunes. Pero los derechos dobles de las tres primeras representaciones le reportaron al autor tres mil pesetas.

—Me voy a comprar un coche —dijo.

—Eso es lo menos que te puede costar el coche, de segunda mano, y te vas a quedar sin un céntimo.

—No importa. Porque habrá mucha gente que se alegrará de que me hayan pateado la obra, y rabiarán si ven que en lugar de entristecerme me compro un coche.

Se compró un «Whipet», coche americano que hace muchísimos años que no se fabrica.

A la tercera noche, Jardiel no adelantaba en las lecciones que le daba el profesor de conducción, y a la tarde siguiente, dejó de pronto la pluma sobre las cuartillas y resolvió:

—¿Sabes lo que te digo? Que ahora mismo vamos a coger el coche y a darnos una vuelta.

—De campana.

—Desengañate. Si yo mismo, por mí mismo, no resuelvo los inconvenientes, no aprenderé nunca.

La intuición, la divina intuición que siempre movió todos los actos de su vida, se imponía una vez más.

—Vámonos por sitios solitarios.

—No, señor. Vamos a ir por la Puerta del Sol.

Las desesperadas súplicas fueron inútiles. A trancas y barrancas, entre insultos de todos los automedontes que se cruzaban al paso, se encasquetó en la Puerta del Sol nada menos que a las siete de la tarde. Y el coche también se encasquetó, se caló..., se paró, atravesado en la embocadura de la calle de Preciados.

Guardias, maldiciones, bocinazos. No lo llevaron a la cárcel de milagro. Cuando lo supo el profesor, renunció a darle más lecciones a Jardiel. Pero Jardiel, a los ocho días, y merced a sus intuiciones, conducía como un taxista. Comenzó a hacer viajes. Uno de ellos fue a Quinto de Ebro, el pueblo de sus mayores. Los reflejos de Jardiel al volante brillaban como relámpagos. En una cuesta, a la entrada de un pueblo, no le respondieron los frenos, y lo resolvió arrimando el coche de costado a la pared de una casa, y parando el motor, naturalmente. El coche se detuvo rastreando la pared, entre el escándalo de vecinos y gallinas. El guardia municipal del pueblo se acercó a Enrique que se bajaba del coche encolerizado.

—¿Su carnet de conducir?
—preguntó el guardia muy encastado.

Y Jardiel, que no tenía carnet, pero todavía estaba en posesión de sus reflejos, le contestó a gritos:

—¡Qué carnet ni carnet! ¿Cree usted que puedo dejar de tener

carnet, después de la maniobra genial que acabo de hacer...?

El guardia se quedó desconcertado y no insistió.

Al mes, estrenó «Usted tiene ojos de mujer fatal», en las peores condiciones. Compañía mediana de Meliá-Cibrian. Teatro destartado, el Cervantes, que se convertía de pronto, de cine de segunda corrida, a teatro, en un sitio muy poco accesible al público, la corredera alta de San Pablo. Pero el éxito fue mayúsculo.

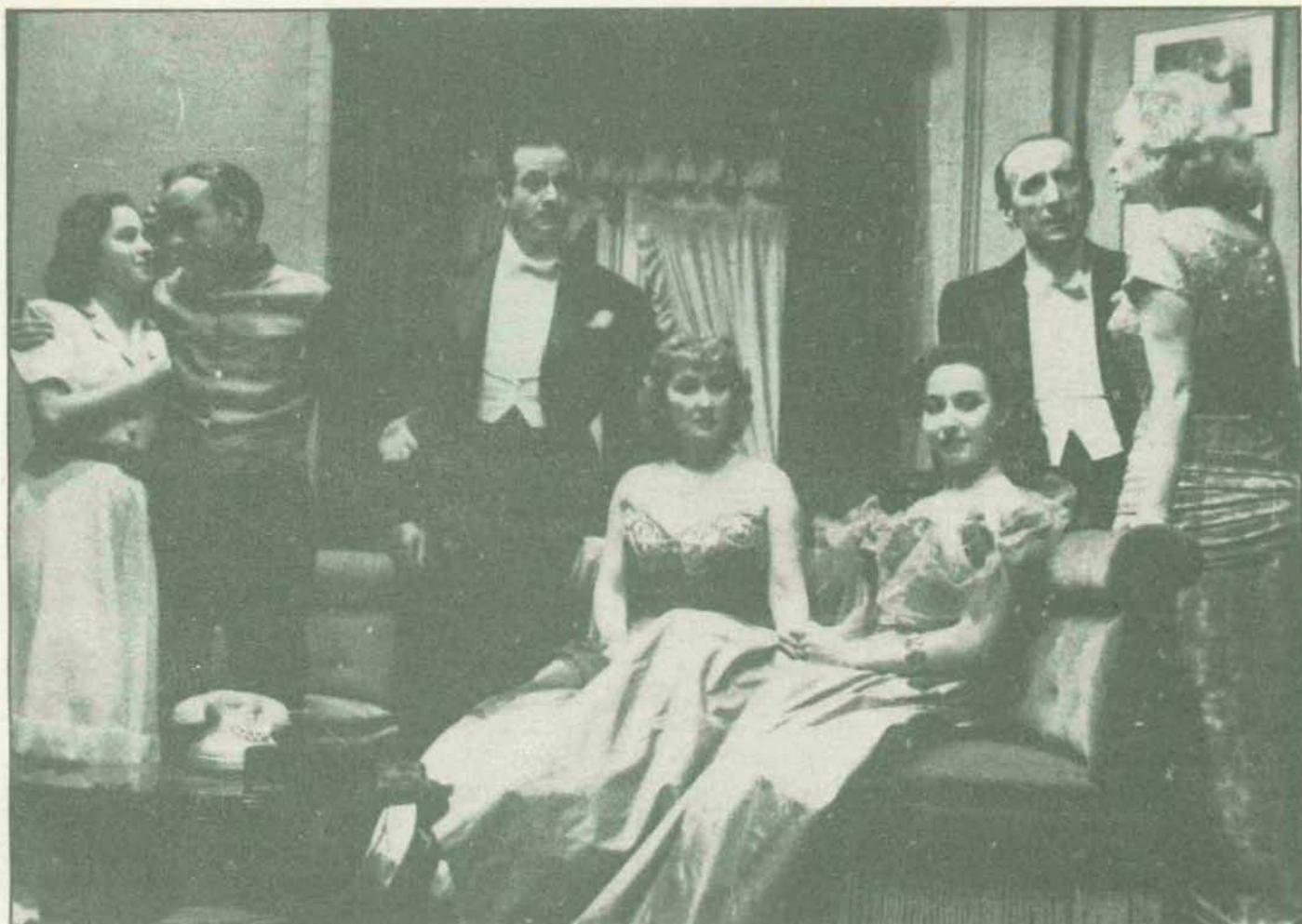
Al volver de su primera visita a Barcelona, se encontró con algo que podía haber cambiado el rumbo de su vida: la llamada de Hollywood. López Rubio, que ya llevaba allí bastante tiempo, le había recomendado a la Fox Film Corporation, para doblar al español diálogos de películas americanas. ¡Hollywood! El espejuelo de todos los jóvenes de los 30. Y estaba el contrato allí, sobre la mesa de Mr. Moore, representante de la Fox para España, en un despacho de la Gran Vía...

Su marcha despertó envidias y maldiciones. Empezó a escribir cartas en seguida. Ya desde el barco que se le llevaba a Nueva York:

«A bordo, ¡ejem, ejem!, del Samaria, el 27 de septiembre de 1932.

(...) Me he tirado dos días inclinado hacia adelante, enviándole al Atlántico comestibles y bilis. Más bilis que comestibles, todo hay que decirlo. Hoy ya me encuentro bien, quizá porque se me ha acabado la bilis... o porque he empezado a acostumbarme a esta plataforma de la risa made on England.

(...) Estoy en el salon y un boy me trae una taza de caldo, pero del malo, ¿sabes?: caldo para tirar. Estoy convencido de que a los que nos hemos mareado



«Tenía un juicio crítico implacable consigo mismo que le impedía ser prolífico, en beneficio de una producción depurada. Pero Jardiel necesitaba notoriedad. Estaba sediento de ella, de hazañas que apoyaran su obra literaria». (A su obra «Los tigres escondidos en la alcoba» pertenece la escena que recogemos).

nos dan alimentos de clase inferior, pues no olvidan el mal uso que solemos hacer de ellos. Esto, si verdaderamente ocurre como creo, prueba una vez más el gran sentido práctico de los ingleses. Es un pueblo capaz de todo: hasta de aprender a la perfección inglés.

(...) En París hay una torre que se llama Eiffel y un río que le dicen no me acuerdo cómo. Lo demás, igual que en Madrid, pero más grande. Asfaltado, claro.

Y en el barco no hay más que ingleses, yanquis y alemanes. Nadie entiende el español y contadísimas personas el francés, así es que voy arreglado. Por supuesto, que no sé qué es peor: si no hablar con nadie o que le hablen a uno. Porque hay a bordo una señora canadiense, de Quebec, que habla muy bien

el francés, la cual me da unas murgas, que la huyo a todo vapor en cuanto la atalayo.

*No hemos visto ninguna ballena, ni ha aparecido un barco con piratas, ni nada. A lo mejor ni siquiera es esto un transatlántico, porque la gente lo llama **steamer**... Son unos liosos.*

Ayer —cuando yo yacía en mi camarote tumbadito con mis náuseas— había a bordo, según he sabido después, 122 personas mareadas. Es gracioso, ¿no? Eso, sí: nos mareamos todos correctamente, porque por algo somos ingleses, y echar la comida también la echamos con una corrección maravillosa. Por lo demás no creo que nadie la eche con pena, pues es una comida asquerosísima, a base de mermeladas y de salsas dulces. ¡Ay, mis huevos fritos y

mis filetes con patatas fritas de Madrid! (...)

*A las patatas le llaman **potatoes** y al pollo **chicken** y no es lo malo lo que les llamen, sino las marranadas que les echan por encima al servirlos (...).*

*Anteayer acurrió a bordo una cosa que me hizo gracia (...). De pronto, a mediodía, sonó una trompeta y entró un criado en el salón donde yo estaba, diciendo unos camelos en inglés. Todo el mundo se levantó y se fue y yo me marché también intrigado. Así bajé hasta mi camarote y allí mi **steward** (una especie de criado distinguido) cogió de encima del armario el cinturón salvavidas y me lo puso. Lo hacía el hombre con tanta calma que en seguida comprendí que se trataba de una prueba. En efecto: todos los pasajeros nos reunimos en cubierta con nues-*



«Era difícil caerle bien a Jardiel. Había que ser sencillo y de poca estatura o feo...». Como contradiciendo esta afirmación, vemos al escritor rodeado por actores que representaban una obra suya —entre ellos, su propia hija—, en una terraza de la Plaza de Cataluña.

tros chalecos puestos (...). Ya resultaba cómico vernos a todos, como un rebaño de camellos, porque los cinturones forman una joroba en la espalda y otra en el pecho y resultan de lo más ridículos (...). Un oficial del barco nos reunió y nos habló en inglés largamente. Comprendí que nos daba instrucciones para caso de naufragio, pero, como yo no le entendía ni una sola palabra, la idea de que a mí me tocaba ahogarme, me pareció tan poderosamente divertida (...).»

Una nueva carta tiene fecha de 25 de diciembre de 1932, ya desde Hollywood. Vale la pena reproducir alguna de sus impresiones. Habla de su viaje en tren desde Nueva York a California:

«(...) Les compré chucherías a los pieles-rojas que salen a vender cosas al paso de los trenes y que, para que se vea que son descendientes directos de Sitting Bull, se le quedan a uno con la vuelta en todas las compras (...).»

Su reacción ante Nueva York difiere con mucho de la que experimentan casi todos los intelectuales españoles cuando la descubren. Sienten hostilidad hacia ella. No así Jardiel:

«(...) A la llegada a Nueva York,

poca emoción: es que lo ha visto uno tanto en fotografía que no choca; únicamente extraña el color de las cosas. La entrada en New-York y los paseos por New-York, maravillosos. Yo estuve toda una tarde solito, huyendo de amistades y de gentes que se pusieron a mi disposición, precisamente para estar solo, y (...) fue emocionante. Me metí en los **Metros**, tomé taxis, autobuses, ferrocarriles elevados, anduve de un lado a otro paladeando la ciudad y era magnífico. New-York vale por toda América, y América es New-York. Es la ciudad donde uno piensa **me quedaría**, la ciudad que uno no conoce y donde todo es familiar al poco rato; la ciudad inmensa en donde es imposible perderse; la ciudad que da la verdadera sensación de otro continente, de otro planeta, de otro mundo. Lo sólido, lo personal, lo que tiene carácter y espíritu de Norteamérica es New-York, **únicamente** New-York; pero ¿en qué cantidad tiene espíritu, y en qué cantidad tiene carácter!... ¡Y qué extraordinariamente es sólido y personal! Uno no tiene idea de la proporción, ni del tamaño, ni de las dimensiones que puede tener una ciudad hasta no haberse paseado de auto en auto y de ferrocarril en ferrocarril, por New-York, por

debajo de New-York y por encima de New-York. Vale la pena de vivir aunque sólo sea pensando que algún día se va a visitar New-York. Yo aquella tarde primeros de octubre, cuando recorría Wall Street solo, confundido entre el gentío, descubriendo allá en la inmensidad de la altura de una faja estrechita de cielo, tuve un momento en que estuve a punto de echarme a llorar de emoción, de auténtica emoción. Era un día espléndido: las dos de la tarde; había un sol radiante y, sin embargo, a causa de la altura de las casas (que no se puede uno imaginar sin verlo) la calle estaba en sombras y todo su ajeteo fantástico se verificaba a una luz tenebrosa y gris que encogía el ánimo en sensaciones jamás experimentadas. Algo inenarrable (...). Al fondo, se veía una iglesia: Trinity Church, y al lado, un cementerio por entre cuyas tumbas jugaban niños y leían los viejos su periódico al sol. Por un costado de las tumbas corre una calle espléndida: es Broadway; por el otro lado del cementerio pasa como un huracán, cada dos o tres minutos, el elevado del Oeste. Difícilmente olvidaré aquella impresión primera de New-York y de sus dos calles más famosas.»

Vuelve a hablar del gran viaje en ferrocarril:

«(...) Los pueblos, las haciendas y muchas ciudades tienen un aire provisional de cosa sin concluir que hace pensar en país planeado, todo lo cual puede resumirse en una frase: que **Estados Unidos será una nación sorprendente el día que se inaugure.**»

Ya está en Hollywood. Ha comenzado a trabajar en los estudios. Informa:

«(...) Yo ya tenía un despacho preparado, con mi nombre grabado en la puerta solo que con una variación: **PONCELLA** en lugar de **PONCELA**; por lo de-

más, sigo sin lograr que nadie pronuncie bien mis apellidos y aquí soy mister Ponsella para todo el mundo.

(...) Al llegar ayudé a Pepe (1) a adaptar **Primavera en otoño**, de M. Sierra, (...) luego supervisé una película que ya estaba concluida al llegar yo interpretada por Raul Roulien y Rosita Moreno (**El último varón sobre la tierra**); (...) después me dedicaron a sincronizar y he hecho los diálogos de dos películas: **Wild girl**, de Charles Farrel y Joan Bennet, y **Six Hours to live**, de Warner Baxter (...) con los títulos de **Seis horas de vida** y **El beso redentor** (de este último no soy responsable, pues es el título que han elegido los directivos por parecerles más cartelero).

(...) En los Studios, que es una ciudad que tiene la misma población que Burgos, poco más o menos, soy popular (...).

Me hicieron trabajar como actor en una escena de **Primavera en otoño**; me han vuelto a

(1) López Rubio.

hacer actuar en otra escena de la película de Mojica que ahora está rodándose (**El rey de los zingaros**).

(...) Aquí, de amistades de fama, Charlot, que es maravilloso en la intimidad; Charles Farrel, la Gaynor; y algunas otras estrellas de Fox también.»

A 45 AÑOS LEIDA

Hoy podría parecer ingenua esa descripción impresionada que hace Jardiel de Nueva York. Hoy, que Nueva York está al alcance de unas horas de avión, y son muy pocos los escritores de todo el mundo que no la hayan pisado y pisoteado. Pero si nos trasladamos a 1932, se explica la emoción de un hombre sensible, que casi no había salido del Chamberí madrileño. Así como las impresiones de su viaje en tren de costa a costa, su asombro ante la maravilla del sexo «contrario», la gran obsesión de su vida, que tanto se refleja en toda su obra. La jactancia de satisfacciones sexua-

les que expresa esta carta —y que omito por razones obvias—, la desmintió luego en sus conversaciones íntimas. Llegó hasta aborrecer aquellas rubias esquivas que no se le daban. Hasta hacer una frase muy celebrada entre el elemento hispano: «En Hollywood no hay casas de putas porque hay una puta en cada casa».

Sus frases eran espontáneas y llenas de humor, sin literatura, como eso de la «inauguración» de los EE.UU., frase esta que he visto luego aplicada a Benavente, por esa manía de nuestra época de aplicarle al autor de «Los intereses creados» todo lo que de ingenioso, inteligente o intencionado se ha dicho en ella.

Es verdad lo que dice en esa carta. Cayó, pues, muy bien en Hollywood el autor de «La tournée de Dios». Se le había hecho un ambiente al que respondió con creces. Lo primero que llamó la atención fue su estatura, en un



Una nueva muestra de los dibujos que Jardiel Poncela efectuaba en las mesas de los cafés: «Elefante yendo a un estreno», firmado por «Goya» y donde un paquidermo trata de recorrer apresuradamente los 10 kilómetros que le separan del Teatro Español... Un ejemplo de humor típicamente jardieliano.

país de hombres altos, y dieron en llamarle «el Cortito», cosa que a él le hacía mucha gracia.

Admiraba el sentido práctico de los americanos, su técnica en todo, porque él era en todo un técnico también.

El «Cortito» empezó muy pronto a dar muestras de su ingenio. A poco de llegar le invitaron a una cena, donde repartieron globitos a los comensales. Unos los ataban al respaldo de la silla, otros los dejaban volar hasta el techo o los pinchaban para que estallasen entre la algaraza ingenua propia de la raza. Jardiel se lo ató al dedo meñique de la mano derecha y siguió comiendo, mientras todos los ojos se posaban en él interrogantes. Nunca se había dado aquel caso.

—¿Por qué se ata usted el cordón al dedo meñique? —le preguntó una muchacha que tenía al lado.

El, respondió con la seriedad

que siempre empleaba para contestar en broma:

—Es para aguantar el peso del tenedor...

La respuesta tuvo un éxito de gran tamaño. Fue corriendo de boca en boca y la mesa se inundó de risas y simpatía hacia él. Les pareció un rasgo de humor extraordinario. Pero muy pronto también se cansó de Hollywood, a pesar de la eufórica carta anteriormente extractada. Su escaso dominio del inglés en contraste con sus ganas de hablar y entenderse, sobre todo con las mujeres, le ponía de mal humor, impidiéndole ejercitar el ingenio, superior, en la conversación, a su literatura.

«No hay nada comparable —escribía más tarde en otra carta— a una mesa en la ventana de un café de Madrid, viendo pasar la gente.»

Encontraba a la mujer americana espléndida, pero sosa en el

amor. Contaba de una que, mientras la estaba amando, se estaba comiendo un «sandwich» de tomate.

Había sentido siempre un entusiasmo grandioso por Sylvia Sidney, estrella de la primera versión cinematográfica de «Madame Butterfly», «Las calles de la ciudad» y de otras muchas películas americanas de los años 20 y 30. Iba a Hollywood dispuesto a conocerla a cualquier precio o esfuerzo. Fue la única que no le defraudó. Se hizo presentar y estuvo muy simpática con él. En cambio, le decepcionaron Joan Crawford y Katherine Hepburn. A la primera la vio en un restaurant, con un divieso en la cara y llevándose el «menú» a los ojos miopes. La segunda le pareció horrorosa, y antipática porque se enfadó y echó a correr cuando intentó hacerle una fo-



1949, con Jardiel ya muy enfermo y habiendo abandonado la escritura: formando grupo junto a él, figuran —entre otros— Carlos José Costas (sentado a su lado), director de la Sociedad de Autores Españoles en Nueva York; Ignacio Aldecoa (apoyado en la librería); Alfonso Paso (a la izquierda de éste); el poeta Medardo Fralle (con el brazo «a lo Napoleon»); el productor cinematográfico José Luis Dibildos (un poco más atrás); y Alfonso Sastre (primero a la derecha del lector).



Hace veinticinco años, en 1952, fallecía en Madrid Enrique Jardiel Poncela. Su féretro fue trasladado a hombros por las calles de la capital española, en un último homenaje de cariño y admiración hacia uno de los autores más originales que ha tenido nuestro teatro contemporáneo, hacia el renovador de la comedia humorística hispana.

tografía. Al contrario de la dulce Sylvia, que aceptó retratarse con él.

Las muchachas que más le gustaban eran las mecanógrafas, las camareras, todas aquellas fracasadas en el cine, y de las que Hollywood se sirve para que le sirvan.

—Son demasiado delgadas —decía cuando volvió por segunda vez—. Con decir que echaba de menos a ésta...

Y señalaba a su mujer, un poquito redondeada.

Quizá por eso también le encantaba Sylvia Sidney; porque era una belleza exótica, de labios gordezuelos y tenía más carnes que las demás, dejando a un lado, naturalmente, a la vampiresa gorda, Mae West.

Eran sus primeros tiempos de Hollywood, aún no desilusionados. Cuando el trato con las estrellas era todavía un sarampión y creía que América habría de depararle éxitos universales. Es reflejo de ese estado de ánimo una carta breve en febrero del 33:

«(...) *Nos vamos ahí al lado, a las islas Hawaii, a rodar las escenas de la nueva película de Mojica, cuyo diálogo he escrito yo. (...) y ya (...) diré si es verdad que las indígenas de allí son tan guapas como dicen y si es cierto que chingan por güitos.*

«(...) *Ultimamente me ha surgido otra novia que se llama Marcellin, es de Nebraska y me llama sweet heart (dulce corazón) cada diez minutos, por lo cual me tiene ya un poco aburrido. Sylvia Sidney, cada día más fascinadora.*»

Y el 1 de abril del mismo año, anuncia su regreso brevemente —su primer regreso:

«(...) *Prepararme un recibimiento como si fuera Einstein. (...) Llevo sorpresas. Estoy más alto.*»

Aquel primer viaje de regreso lo hizo Jardiel un tanto amargado por no haber podido introducir su nombre en América. Tenía ya cuatro libros publicados, y tres comedias estrenadas.

Llevaba ansia por llegar a España y ponerse a trabajar, para que no le olvidaran. El trabajo de escritor cinematográfico no proporciona ningún goce profesional; por el contrario, absorbe y anula la personalidad. Y, sin embargo, ¡qué estupendas películas se habrían podido hacer entonces —y ahora— de cualquiera de sus cuatro novelas fundamentales! ■ C. S.